

La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera Argentina-Brasil. / Alejandro Grimson. Barcelona: Gedisa, 2003, 251 pp.

«Ni Estado ni Nación: la globalización es el fin de las fronteras». Este es el aforismo del radicalismo *post* de la teoría contemporánea. El ineludible esfuerzo por desesencializar la mirada que se tenía de las identidades ha convertido a categorías como *híbrido* o *desterritorializado* en fórmulas axiomáticas para narrar el lugar de la cultura en una época definida por el movimiento físico e imaginario de las personas, las migraciones y los medios de comunicación. Sin embargo, existen etnografías que relativizan este tipo de conclusiones y conceptos. *La Nación en su límites* es una de ellas. Este libro se enmarca dentro del debate de los llamados *Estudios Fronterizos* (*Border Studies*), una de las *variedades* académicas de los polémicos Estudios Culturales, desarrollada en regiones envueltas en procesos de integración comercial: NAFTA, Unión Europea y MERCOSUR. Como es propio de esta perspectiva, dedicada a pensar los límites simbólicos a partir de los territoriales, el tema central lo ocupa el rol que cumplen el Estado, la Nación y la frontera en la vida cotidiana de dos poblaciones colindantes: Paso de los Libres, en Argentina, y Uruguayana, en el Brasil.

Descartando tanto los enfoques *esencialistas* como los *deconstructivistas*, Grimson asume una «tercera vía» o perspectiva «experiencialista»¹ inspirada en las teorías de la práctica de P. Bordieu y del segundo M. Sahlins. Su propuesta es trascender la clásica concepción del Estado-Nación que enfatiza su carácter imaginado y construido desde el centro (Anderson; Hobsbawn; Gellner). Como alternativa, sugiere concentrarse en el sentido práctico que tienen la frontera y la nación para las distintas redes tejidas entre ambas ciudades: las comerciales, consumidoras, matrimoniales, políticas, religiosas y folclóricas. Con esto, el autor no busca desdeñar la influencia de las políticas del Estado central en las poblaciones locales, sino que busca tener en cuenta las influencias de las negociaciones identitarias elaboradas alrededor de la frontera en sus significados de nacionalidad. Su idea es reivindicar la importancia de las miradas desde abajo en la construcción de la nación. Para ello, posiciona a la periferia como centro.

El punto de partida de Grimson es que los límites no son ni material ni simbólicamente fijos. No hay espacios con legalidades y soberanías estable-

¹ Al respecto, visitar:

<<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/grupos/grupos/cultura/grimson2003.doc>>.

cidas de una sola vez. Tampoco identificaciones permanentes. Al tiempo que las fronteras cambian, lo hacen las poblaciones. La manera, entonces, de «narrar la historia de dos poblaciones de frontera es retrazar los procesos sociales a través de los cuales llegaron a ser, efectivamente, fronteras» (p. 43). El autor denomina «fronterización» a estos procesos de construcción de límites, y los analiza a partir de los vínculos y redes sociales que los atraviesan. Asimismo, reconstruye cómo en cada coyuntura histórica se creó e instituyó una estructura propia de relaciones transfronterizas. Para ello, retrasa la sociogénesis de la frontera argentino-brasileña desde las relaciones coloniales de los jesuitas y guaraníes con el imperio portugués y los Bandeirantes durante la Colonia, pasando por las luchas de los exiliados durante los roces bélicos entre las dictaduras de Perón y Vargas, hasta los conflictos entre los microcontrabandistas y los comerciantes formales en el MERCOSUR.

Su conclusión es que, a pesar de las particularidades históricas de cada uno de los países y de cada una de las etapas, en ningún caso la frontera deja de tener importancia en la estructuración de las relaciones económicas, políticas y culturales. Lo que se produce son cambios en las lógicas cotidianas transfronterizas, basados en el comercio, y en la intervención estatal en la frontera. Según Grimson, en los últimos veinte años tanto Argentina como Brasil dejaron de preocuparse por la preservación de su territorio y la nacionalización de su población fronteriza, y focalizaron los movimientos de importación y exportación. De un modelo belicista se pasó a uno economicista. Esto indicaría que con la globalización «[...] no estamos presenciando un proceso de desterritorialización sino la transformación de los modelos de territorialización y fronterización» (p. 150). El Estado redefinió su presencia en la zona incrementando la regulación fiscal, pero de forma discriminada. Mientras que para las grandes transnacionales la frontera se flexibilizó con el MERCOSUR —y se convirtió en un lugar de paso para el transporte internacional de carga—, para los pequeños comerciantes locales se tornó rígida, lo que impidió el desarrollo del tradicional sistema de intercambios económicos paralelo al Estado —el *contrabando hormiga*—, imprescindible para la subsistencia de las capas populares. Como la inequidad de las políticas instauradas derivaron en múltiples conflictos y reclamos, se habría evidenciado «la heterogeneidad de las poblaciones fronteras» (p. 153). Aunque Grimson no deja de observar los abusos del modelo económico, su meta de comprobar que el Estado y la Nación también se construyen desde abajo reduce su capacidad de criticar a la esfera política. Finalmente, estamos hablando del funcionamiento de un sistema en el que —según el mismo Banco Mundial— el 16% de la humanidad percibe casi el 80% de la renta de todo el mundo. En

ese sentido, el trabajo pudo haber sido complementado con cifras sociodemográficas de las poblaciones afectadas, así como con una propuesta más definida para promover reformas a esta situación.

Pero no solo el Estado —entendido como dispositivo institucional capaz de ejercer soberanía territorial— influye en estas poblaciones. También lo hace la Nación, como modo de imaginar la pertenencia a una comunidad. Las personas que establecen relaciones sociales transfronterizas constituyen redes en las que la nacionalidad es constantemente retrabajada, reimaginada, negociada y disputada. Tomando el caso de los matrimonios transnacionales, el sincretismo religioso, las celebraciones del carnaval, la común cultura gauchesca y las redes políticas, Grimson critica aquella perspectiva que cree inversamente proporcional la relación entre la intensidad de vínculos transfronterizos y las reivindicaciones nacionales. En realidad, ambos pueblos viven y significan de distintas formas sus conexiones: «[...] la transnacionalidad de las prácticas nada indica acerca de la transnacionalidad de los sentidos» (p. 226). Uno de los ejemplos que da es el carácter endogámico de los matrimonios, producto de las imágenes negativas del *otro*. Verificó estadísticamente que durante el siglo XX disminuyeron los lazos amorosos entre argentinos y brasileños. Y que entre los que sí se dieron —tomando como indicadores la comida, las identidades futbolísticas, la elección de la nacionalidad de los hijos y el lugar de residencia establecido por la pareja— pudo observar que en la vida cotidiana se clasifican las cosas por su nacionalidad: *feijão* o carne, Maradona o Pelé, pasaporte argentino o brasileño, casa en Uruguayana o en Paso de Los Libres; todas son disyuntivas que organizan la convivencia. De esta manera, el autor propone que las «redes y prácticas que atraviesan la frontera material no niegan la relevancia de las fronteras simbólicas» (p. 227). Por lo tanto, el caso de las relaciones entre estas ciudades mostraría que ni la vida en las fronteras políticas ni los procesos de integración regional tienen como consecuencia necesaria la hibridación o desterritorialización cultural. Allí, la acción del Estado y la convivencia entre poblaciones de diferentes países en un mismo espacio no han derivado en la formación de espacios identitarios «entremedio», como en los sujetos postcoloniales de Bhabha (2002), en la desterritorialización del nexo entre imaginación y vida social, como en los migrantes globalizados de Appadurai (2001), o en estados híbridos, como el arte mexichicano de Gómez-Peña (2000). Estamos más bien ante un proceso de distinción identitaria que se definiría por «ser una “cultura de contacto” entre partes que se consideran diferentes y no una “cultura fronteriza” homogénea» (Gómez-Peña 2000: 239).

A pesar de algunas limitaciones puntuales —como el señalado sesgo político y la ausencia de un *estado del arte*—, Grimson hace un contundente aporte a los debates alrededor de los procesos de construcción de las fronteras políticas y culturales. Oxigena el ambiente académico de los Estudios Fronterizos, hegemonizado por las universidades norteamericanas, vehículos de una universalizada experiencia fronteriza entre México y Estados Unidos. Pone límites a las visiones radicales —tanto relativistas como esencialistas— de los fenómenos sociales contemporáneos. Y redime a la etnografía como herramienta imprescindible para una Antropología capaz de describir y explicar los mundos contemporáneos sobre la base de sujetos y no solamente de textos. Ante la inminente firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos, la tímida pero sostenida reaparición de la etnicidad en la política, y la proliferación de conflictos que involucran poblaciones fronterizas, estudios como este son fuentes ineludibles si pretendemos lograr desarrollo con integración comercial, y no la reproducción de históricas inequidades. Para ello no hay que olvidar lo que este libro se esfuerza por mostrar: la complejidad del fenómeno que enfrentamos. Estado y Nación: la globalización es solo la redefinición de las fronteras.

Santiago Alfaro Rotondo²

REFERENCIAS

APPADUARAI, Arjun

2001 *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Trilce.

BHABHA, Homi

2002 *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

GÓMEZ-PEÑA, Guillermo

2000 *Dangerous Border Crossers: The Artist Talks Back*. Nueva York: Routledge.

² Pontificia Universidad Católica del Perú.